

**Reseña del libro "Primera edición de la Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha (Madrid, Juan de la Cuesta, 1615). El libro, el texto, la edición." Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2018.**

**Book review: "Primera edición de la Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha (Madrid, Juan de la Cuesta, 1615). El libro, el texto, la edición." Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2018.**

Pilar EGOSCOZÁBAL CARRASCO

Recibido: 26 de junio de 2018

Aceptado: 28 de junio de 2018

**RESUMEN:**

Se presenta el censo de ejemplares de la primera edición de la Segunda parte del *Quijote*, en el que se recogen y describen exhaustivamente todos los localizados hasta la fecha en bibliotecas y colecciones de todo el mundo. La descripción del "ejemplar ideal" y de las características físicas de cada uno de ellos se complementa con estudios sobre la imprenta de Madrigal-Cuesta y del mercado editorial madrileño en el contexto cronológico de la publicación de la obra en 1615, con la aportación de nuevos datos relativos al taller, inéditos hasta la fecha.

**Palabras clave:**

Segunda parte del *Quijote*, 1615, Ejemplares, Imprenta en Madrid, Mercado editorial en Madrid, Pedro Madrigal, Juan de la Cuesta, María López de Rivalde, María de Quiñones

**ABSTRACT:**

The list of copies of the Second part of *Don Quixote's* first edition is presented, in which all the ones located in libraries and collections around the world so far are exhaustively compiled and described. The "ideal copy" description and also the one of the physical features of all of them are complemented by studies on the Madrigal-Cuesta printing house and the book trade in Madrid in the time of the publication of the book, in 1615, with new data relating to the printers, unpublished so far.

**Key words:**

Second part of *Don Quixote*, 1615, Copies, Printing firms in Madrid, Book trade in Madrid, Pedro Madrigal, Juan de la Cuesta, María López de Rivalde, María de Quiñones

Diez años después de la publicación de la Primera parte del *Quijote* y a un año de morir Cervantes, sale a la luz la Segunda, objeto del estudio que comenzaron a dirigir Víctor Infantes y Ana Martínez Pereira y que, por desgracia, ha terminado solo Ana.

En el prólogo del autor y en la dedicatoria, en esta ocasión al conde de Lemos, se alude a la continuación de Avellaneda de 1614. Cervantes, que ha sido tachado de "viejo y manco" por Avellaneda, afirma que "no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorar con los años". Y ofrece al conde de Lemos un don Quijote "dilatado y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva a levantarle nuevos testimonios (...)", a la vez que anuncia el *Persiles* y la segunda parte de *Galatea*. Ya sabemos que el *Persiles* salió a la luz, "ya con el pie en el estribo" del autor, y la *Galatea* nunca tuvo segunda parte.

Por otro lado, la premura por sacar la obra tras la aparición de la de Avellaneda hizo, posiblemente, que la composición fuera apresurada y diera lugar al gran descuido con el que se imprimió; en palabras de Ana Martínez Pereira, salió a la luz "entre harapos tipográficos".

En 2007, cuando el grupo *PrinQeps 1605* comenzaba su proyecto de registrar el censo de ejemplares de la Primera parte del *Quijote*, manifestaba, en un artículo colectivo, que "una obra literaria existe cuando su texto se ha fijado en un soporte físico concreto, generalmente (pero no en todas las ocasiones) por medio de la escritura y generalmente (pero tampoco en todas las ocasiones) sobre papel"<sup>1</sup>. Por lo tanto, continúan, "parece necesario que para entender algo de esa obra deberíamos empezar por estudiar este proceso y una vez que se hayan agotado todos los modelos de análisis y demos por comprobada en todos los extremos posibles esta transformación, podamos acercarnos a su consideración estética, literaria e interpretativa". Es decir: para abordar el estudio literario de una obra, especialmente si fue publicada en la época de la imprenta manual, es necesario tener unos conocimientos bibliográficos que permitan estudiar la serie de procesos que afectan a la transmisión del texto y que ayudan a resolver otro tipo de cuestiones.

Es lo que la Bibliografía Material o Analítica tiene por objeto, desde que, allá por los finales del siglo XIX y principios del XX, bibliógrafos del área anglosajona emprendieron el estudio del libro desde este punto de vista, dando lugar a esta disciplina que tan magistralmente introdujo en España el maestro Jaime Moll, cuyo artículo "Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro", publicado en 1979, continúa siendo la lectura de cabecera de todos los que trabajamos en este campo.

El análisis de una obra y el cotejo de todos los ejemplares que se imprimieron para llegar a determinar cuál es el "ejemplar ideal" es algo con lo que nos enfrentamos a diario catalogadores y bibliógrafos. En las bibliotecas patrimoniales, donde la catalogación se rige por patrones comunes a todos los tipos de materiales, por formatos de intercambio bibliográfico imprescindibles para construir bases de datos accesibles e intercambiables con otros centros,

<sup>1</sup> "Donde habita el olvido. La primera salida de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*: el libro, el texto, la edición", *Revista de erudición y crítica*, 2 (2007), pp. 88-103.

esta descripción no es, lógicamente, tan minuciosa como la que practican los bibliógrafos, ya sea mediante la construcción de tipobibliografías o mediante la aplicación de la descripción bibliográfica analítica a una obra (como es el caso que nos trae hoy aquí), pero sus trabajos son siempre de extraordinaria utilidad para el nuestro.

Ellos recogen todos los ejemplares de los que se tiene noticia; las bases de datos de las bibliotecas, solamente aquellos que poseen sus centros, pero con la finalidad de integrarlos en una base de datos mayor, imprescindible para unos y para otros: en el caso de España, en el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español. Ahí damos ese primer paso cuando nos enfrentamos a un ejemplar del que nada sabemos y del que, al cabo de un rato conoceremos su historia, su génesis, a su autor y, con suerte, a aquella persona o institución que lo tuvo en su poder y que dejó sus huellas en él, a veces para que continuemos indagando por nuestra cuenta cuando la descripción bibliográfica esté terminada.

En palabras de Jon Zabala, cuya obra de divulgación (de divulgación bien entendida) sobre *Los impresos antiguos*<sup>2</sup> doy fe de que es capaz de despertar el interés de los no iniciados por todo lo relacionado con este ámbito, "los catálogos [de bibliotecas] y los tiporrepertorios conforman una necesaria y beneficiosa asociación, pues sin el trabajo de los bibliotecarios el de los bibliógrafos sería muy difícil, pero gracias al [de los bibliógrafos], los primeros pueden averiguar a qué ediciones o emisiones pertenecen sus ejemplares concretos. Sin duda, ambos profesionales convivimos en una sana y armónica simbiosis".

Desde mi posición de bibliotecaria, puedo afirmar que sí vivimos en sana y, añadido yo, imprescindible simbiosis. Los investigadores forman parte de esos "recursos de primera necesidad" a los que acudimos a diario desde las bibliotecas, a veces molestándolos personalmente con consultas que sobrepasan lo que hemos aprendido de ellos en sus escritos.

La obra que acaba de publicarse es un ejemplo de descripción bibliográfica analítica de la edición de la Segunda parte del *Quijote*, con el cotejo de cada uno de los ejemplares localizados, de la misma manera que en 2013 se hizo con la Primera parte de la misma obra. Entonces, el grupo *PrinQeps 1605* asumió que los orígenes de los textos, es decir, la historia del libro y de su publicación, son imprescindibles, como decía al comienzo, para abordar su estudio literario. Incluyendo las "circunstancias sociales, legales, editoriales y técnicas" que rodearon a la publicación del libro, en palabras de Ana Martínez Pereira y Emilio Torné en uno de los artículos previos a esta edición<sup>3</sup>.

Siguiendo a Víctor Infantes, "lo que de verdad existe son los ejemplares del libro (...) [De manera que] cualquier estudio empieza por conocer los materiales bibliográficos que lo

<sup>2</sup> Barcelona, Editorial UOC, 2014, p. 123

<sup>3</sup> "82 pliegos + 1. Hacia la reconstrucción tipográfica de la princeps del Quijote", *Tus obras los rincones de la tierra descubren: actas del VI congreso internacional de la Asociación de Cervantistas*. Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, pp. 503-522.

constituyen y, si hablamos de textos, hablamos de ediciones y, por tanto, hablamos de libros, es decir: hablamos, en realidad (no nos engañemos), de ejemplares"<sup>4</sup>.

Leemos en el "preliminar y epílogo" de Ana Martínez Pereira que el primer trabajo, comenzado en 2007, tenía como objetivo "recuperar del silencio bibliográfico" los avatares sufridos por la primera edición de la obra. Este empeño dio lugar a los trabajos plasmados en diversos artículos entre 2007 y 2013, al volumen colectivo con el censo de ejemplares en 2013 y a dos adendas, en 2014 y 2016. El silencio bibliográfico era más patente en relación con la segunda parte, donde "seguía habitando el olvido", por utilizar de nuevo el cernudiano título.

La culminación del trabajo ha dado lugar a esta obra, en la que se aplica la misma metodología que en la primera: descripción de la portada, colación, encuadernación, anotaciones, localización de los ejemplares, amplio registro de referencias bibliográficas, descripción de la edición y observaciones, en el caso de que sean necesarias, sobre la historia del ejemplar o singularidades que merezcan destacarse. Se analizan, por tanto (y por primera vez, después de la entrega anterior) todos los ejemplares localizados, tras una búsqueda exhaustiva, desde los puntos de vista bibliográfico y material.

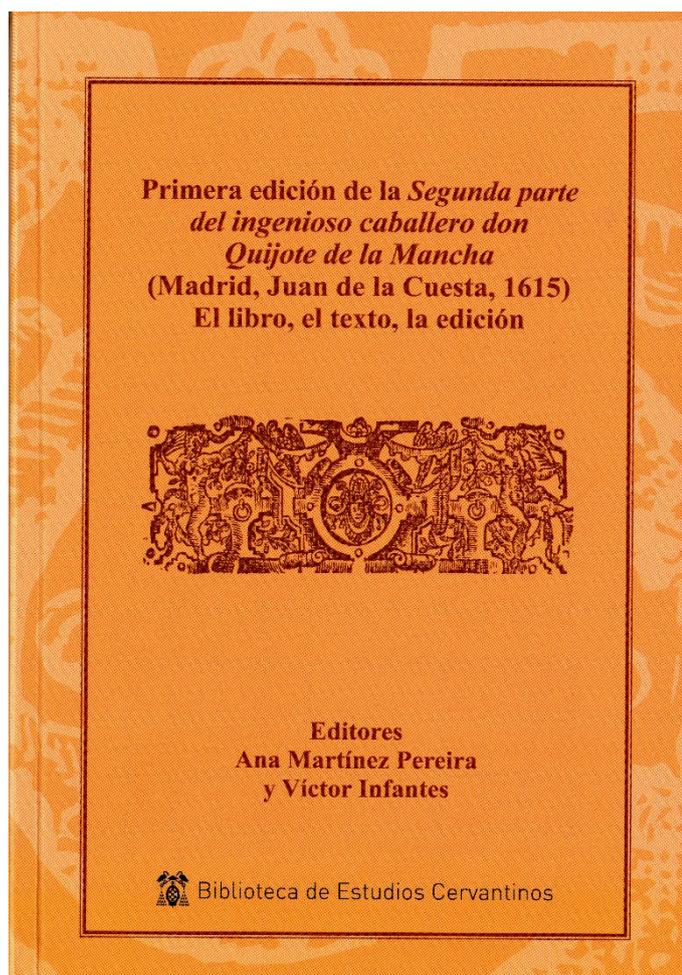
Acudo en esta ocasión a Julián Martín Abad para abundar en el concepto de ejemplar, en un párrafo de su obra *Los libros impresos antiguos*<sup>5</sup> que no puede ser más expresivo: "Cada ejemplar concreto es siempre un producto histórico, pues el paso del tiempo habrá adherido a su cuerpo elementos foráneos, convertidos así en algo suyo, en algo propio. Descubriremos sobre él nombres o signos diversos que nos hablan de sucesivos poseedores. También podremos encontrarnos ante un volumen que nos relata por quién y con qué propósito fue leído e incluso anotado; pero igualmente ante otro que está mutilado por el mal vivir que llevó o que declara, a todas luces o con disimulo, que ha sido recompuesto; por el contrario, algún otro nos manifestará que fue más afortunado y hasta puede lucir una encuadernación digna o lujosa. Son las historias mil que permiten añadir a las noticias bibliográficas de algunos ejemplares los calificativos de excepcional, curioso, único, raro, ruinoso, fragmentario, y hasta mítico".

Historias mil que sugieren las páginas de este libro. ¿Podría aplicarse el calificativo de "mítico" a algunos de estos ejemplares de la Segunda parte del *Quijote* que el equipo dirigido por Víctor Infantes y Ana Martínez Pereira han recogido estos años?

¿Es mítico uno de los cinco ejemplares que posee la Biblioteca Nacional, que salió en 1937 para Valencia, junto con el de la primera parte, dentro de las medidas de protección y evacuación del patrimonio bibliográfico? Para llegar, finalmente, a la Sociedad de Naciones de Ginebra. Es curioso señalar que fue la propia caja fuerte la que se embaló y viajó a Valencia, al argumentar el responsable en ese momento, José Aniceto Tudela, que no tenía las llaves, en un claro intento de no colaborar con la orden que estaba recibiendo.

<sup>4</sup> "Los ejemplares de un libro", *Edad de Oro*, 28 (2009), p. 290

<sup>5</sup> Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004, pp. 13-14.



La historia de muchos de los ejemplares que se recogen aquí hace que los consideremos, si no míticos, al menos excepcionales, como el de la Biblioteca Nacional de Francia que poseyó Daniel Dumonstier, pintor y dibujante francés a caballo entre los siglos XVI y XVII y gran aficionado a las novelas de caballerías.

O el de la Biblioteca Pública de Boston, perteneciente a George Ticknor, autor de la *Historia de la literatura española* que originariamente tenía tres volúmenes y gracias a la traducción de Gayangos y a sus notas añadidas se convirtió en una obra en cuatro volúmenes cuando se publicó en España.

Ejemplares que registran múltiples huellas de antiguos poseedores, como el de la Newberry Library de Chicago, que perteneció al coleccionista americano Louis H. Silver, al millonario cubano Óscar Benjamín Cintas y, previamente, a Henry Labouchere, probablemente el político inglés del siglo XIX que presentó una enmienda en el Parlamento condenando la homosexualidad, una de cuyas víctimas fue Oscar Wilde. La minuciosidad de la descripción nos lleva a descubrir algo, precisamente en este ejemplar, que nos sobrecoge desde nuestra conciencia actual de la preservación del patrimonio, como esas "anotaciones manuscritas, a lápiz

o a bolígrafo rojo de un bibliotecario, o quizá del propio director de la biblioteca entre 1962 y 1986".

O el perteneciente a Cánovas del Castillo, hoy en Pennsylvania, el de la Hispanic Society, del Marqués de Jerez de los Caballeros, el de la Fundación Lázaro Galdiano, también evacuado a Valencia...

Ejemplares con numerosas anotaciones manuscritas, subrayados, *probatio calami*, que se describen detalladamente, igual que los deterioros y peculiaridades, por mínimos que sean, como esa espiga que forma parte de la pasta de papel y que se detecta en el ejemplar de la Fundación Martin Bodmer de Cologny.

Se recogen treinta y nueve ejemplares (más esos cinco "innombrables", en palabras de los autores, que descansan en bibliotecas privadas) –por lo que serían cuarenta y cuatro–, aplicando una metodología similar a la utilizada en la primera parte de esta obra. Catorce de ellos se describen por primera vez, pues ya pudimos acceder a veinticinco en 2016, en uno de los *Anejos del Anuario de Estudios Cervantinos*. Aunque los autores recuerdan que todas las entradas han sido revisadas, corregidas y actualizadas para esta edición.

A esos treinta y nueve se añade una lista de ejemplares no localizados o inexistentes. Nueve que aparecen citados en catálogos de bibliotecas privadas o librerías y hasta una lista de bibliotecas que indican la posesión de una primera edición, cuando en realidad se trata de un facsímil, lo que habrá provocado más de una decepción. También tienen los facsímiles su apartado, igual que lo tuvo la Primera parte en el volumen anterior.

Nos encontramos con una descripción similar a la que se realizó con la primera parte, aunque mejorada, a mi juicio, por haberse eliminado la transcripción de la portada de cada uno de ellos y haberla incluido en la descripción general de la edición, es decir, del ejemplar ideal, al comienzo del censo. Análisis exhaustivo, con transcripción facsimilar de la portada, registro de errores de foliación y signaturas y recomposiciones de pliegos.

Los estudios que acompañan al censo, sobre esas "circunstancias sociales, legales, editoriales y técnicas" que rodean a la obra, son de enorme interés, empezando por el estudio tipográfico y registro de variantes de la edición de 1615, que Ana Martínez Pereira elabora exhaustivamente, cuaderno por cuaderno, cotejando las variantes en todos los ejemplares disponibles. Variantes que pueden consistir en diferencias o anomalías debido al entintado irregular, la diferente presión de la prensa o las impurezas del papel, junto a las que son producto de las correcciones durante el proceso de impresión, es decir, lo que conocemos como estados. Todo ello está registrado en una tabla añadida a la descripción de cada cuaderno.

La historia de la imprenta de Juan de la Cuesta en torno a 1605, que Fermín de los Reyes y Silvia González-Sarasa expusieron en el primer volumen (y objeto previo de los estudios de Jaime Moll, aparte de los del propio Fermín de los Reyes) es ahora, en palabras de Laura Puerto, el "Taller Madrigal-Cuesta (-Quiñones)". Laura Puerto ha encontrado nuevos documentos,

concretamente algunos de los que integran el expediente del Archivo Histórico Nacional de un pleito de María de Quiñones en 1633 contra el Hospital de los Desamparados, que aportan nuevos datos sobre el taller y sobre el papel que desempeñó Juan de la Cuesta, que en realidad estuvo poco más de cinco años a su cargo (entre 1602 y 1607), aunque su nombre siguió figurando hasta 1627, fecha en la que se vuelve a denominar "Herederos de Madrigal" como, por otra parte, seguía siendo conocido popularmente aun en los años en que realmente ejercía Juan de la Cuesta.

No deja de ser curioso el relato de uno de los testigos en el pleito, que se refiere a los propietarios del taller como Pedro de Madrigal y María Rodríguez y, "después dellos María de Quiñones y su marido fulano de la Cuesta". Curioso y dotado de cierta justicia poética, al ser esta vez la mujer recordada y el marido calificado como "fulano", todo lo contrario de aquellas impresoras que pasaron a la historia como "viudas de" o "hijas de" y no llegaron nunca a figurar con su nombre.

La historia del taller Madrigal-Cuesta-Quiñones es un ejemplo del funcionamiento de los talleres de imprenta desde los inicios de la técnica tipográfica. Las tramas familiares, en las que las viudas volvían a casarse con oficiales de sus talleres o con otros impresores, recayendo en estos la dirección que ellas habían ejercido durante su viudedad, es un ejemplo de cómo las mujeres, perfectamente capacitadas para dirigir un negocio, solían estar en ese segundo plano habitual en la mayoría de los oficios, en muchos de ellos hasta nuestros días.

Precisamente el carácter ocasional de esta función ha sido una de las causas de la poca valoración de que las impresoras han sido objeto. Entre los autores cada vez más numerosos que están abordando esta cuestión, Marina Garone y Albert Corbeto inciden en que esta marginación llevó en muchas ocasiones a ocultar su trabajo o a eliminarlo directamente de la historia escrita, cuando habían sido imprescindibles para el mantenimiento y crecimiento de los negocios.

Con los datos que se aportan en este volumen y que complementan los estudios previos, conocemos la historia del taller de Pedro Madrigal (y de las mujeres que lo habitaban) desde sus inicios en 1586, cuando compra la imprenta de Domingo de Portonaris y se establece en Madrid procedente de Salamanca; su matrimonio con María Rodríguez de Rivalde, que se hace cargo del taller a la muerte de Madrigal en 1593; la aparición de Juan de la Cuesta en escena en 1599 y la regencia de la imprenta por este en 1602, año en que María Rodríguez de Rivalde le otorga un poder y año también en el que contrae matrimonio con María de Quiñones. Esa María de Quiñones que Jaime Moll intuía que podía ser sobrina de María Rodríguez de Rivalde y que se confirma ahora con el testamento de esta, otro documento hasta ahora inédito que aporta Laura Puerto en esta obra.

Será en 1604 cuando aparezca el nombre de Juan de la Cuesta en el pie de imprenta, coexistiendo con el de Pedro Madrigal, y seguirá apareciendo hasta 1627, aunque el impresor haya abandonado el taller años antes (no se sabe si por embarcarse a las Indias), habiendo

otorgado poderes a María Rodríguez de Rivalde (de nuevo), María de Quiñones y Jerónimo de Salazar.

María de Quiñones, la esposa del "fulano" de la Cuesta, aparecerá con su nombre en el pie de imprenta en 1634, alternando con la de "Herederos de la viuda de Pedro Madrigal", y de manera exclusiva a partir de 1637 y hasta su última impresión en 1666. Es una de las mujeres que firmarán con su nombre, desde aquella Juana Millán que lo hizo por primera vez en 1537.

Por lo tanto, el año en el que se imprime la segunda parte del *Quijote*, a pesar de figurar Juan de la Cuesta como impresor de la obra y haber pasado a la historia por ello, la dirección del taller está a cargo de María Rodríguez de Rivalde y María de Quiñones, el corrector es Jerónimo de Salazar y entre la plantilla se encuentra, entre otros, Alonso de Paredes.

El estudio de estas tramas familiares aporta el factor "humano" que, junto con el técnico relativo a las diferentes etapas en el proceso de impresión y a los datos documentales de distinto tipo, entre ellos los inventarios del material de los talleres, hay que tener en cuenta para estudiar con rigor el ejemplar que se tiene en la mano, para identificar la edición, más allá de un pie de imprenta o de una marca tipográfica y para asignarla con rigor a uno u otro impresor. En el caso de la catalogación en bibliotecas y la alimentación de bases de datos, para establecer con propiedad la autoridad de los impresores. De nuevo la simbiosis bibliotecarios-investigadores o bibliógrafos.

Gabriel Sánchez Espinosa añade un capítulo a la obra con la producción de la imprenta de Madrigal-Cuesta-Quiñones (utilizo el nombre propuesto por Laura Puerto) en torno al año de impresión del *Quijote*, concretamente entre los años 1614 y 1616. Son 29 obras las identificadas a partir de los datos contenidos en los paratextos legales, especialmente los privilegios y la fe de erratas. Así, sabemos que al mismo tiempo que el *Quijote*, se estaba imprimiendo la *Historia general* de Herrera y Tordesillas, el *Diccionario latino-español, español-latino* de Nebrija y el *Compendio* de Aristóteles traducido por Murcia de la Llana. Y a continuación del *Quijote* se llevó a cabo la reedición de *El caballero puntual* de Salas Barbadillo y el tratado epistolar *Estilo y método de escribir cartas misivas* de Juan Vicente Peliger. Poco después, afrontó la publicación, entre otras obras, de la reimpresión de la *Sexta parte de comedias* de Lope.

Las mismas fechas, de 1614 a 1616, sirven a Carmen Peraita para situar la obra en el contexto del mercado librero de Madrid, analizando, como ella misma explica, "aspectos como los libreros costeadores activos y el tipo de libros publicados; el tamaño de las tiradas; la tipología de los contratos; las aprobaciones y los privilegios para imprimir y los territorios que abarcaban; el precio de los libros y las pautas de circulación y distribución".

El contexto editorial de la Segunda parte es diferente al de diez años atrás, en el que el éxito del *Guzmán de Alfarache* había influido en la publicación de la Primera parte del *Quijote*, en su afán de rivalizar con la novela de Mateo Alemán, llegando a adoptar algunas de las características físicas del *Guzmán*, como el formato en cuarto. La Segunda parte sigue el formato

de la primera, pero es la única en un mercado en el que las novelas se imprimen ya en octavo o en dozavo.

Quiénes costeaban los libros (raramente los autores), cómo se concedía el privilegio (que se solía vender al librero costeador) qué características tenían los contratos entre librero e impresor, cuántos ejemplares se contrataban por tirada, todos estos aspectos se analizan junto con el tipo de obras que se publicaban en estas fechas en Madrid, entre las que abundaban los libros de entretenimiento, tanto novedades como reimpressiones. Y dentro de ellas destaca Cervantes como el "autor de ficción con más pliegos publicados en Madrid entre 1614 y 1616". Cervantes, que en estos dos años publica la mayoría de sus obras (el *Viaje del Parnaso*, esta Segunda parte y las *Ocho comedias y entremeses nuevos*).

Como nos sigue contando Carmen Peraita, la premura por publicar ante el escaso tiempo que el autor disponía, los costes adicionales y la relación problemática entre Cervantes y Robles hace que se solicite solo privilegio para Castilla (era un trámite muy lento), de manera que, en el caso del *Quijote*, en Valencia, Portugal y Flandes se imprimieron a partir de entonces diversas ediciones que afectaron a los beneficios del librero y del autor. Esto, el dedicarse el librero por esta época a costear otro tipo de obras no de entretenimiento y el éxito moderado de esta, hizo que Robles dejara de publicar las de Cervantes.

En resumen: el censo de ejemplares, el estudio tipográfico de la edición, la aportación de nuevos datos a la historia del taller de Madrigal-Cuesta-Quiñones con el repertorio de ediciones que salieron de él y que formaron a su vez parte de un mercado librero muy concreto, el del Madrid de los años 1614-1616, es lo que se ofrece en esta obra comenzada a editar por Víctor Infantes y terminada por Ana Martínez Pereira.

Si, como decía al principio apropiándome de sus palabras, el empeño era recuperar del silencio bibliográfico los avatares sufridos por el *Quijote*, está claro que Ana Martínez Pereira y Víctor Infantes, presente no solo en el capítulo que firma con ella, sino en toda la obra, lo han conseguido.

Desde mi posición de bibliotecaria que necesita de esa simbiosis con investigadores y bibliógrafos de la que hablaba antes, no puedo más que agradecer vuestra labor. No se puede decir más sobre la primera edición de la Segunda parte (y antes, de la Primera) de la obra más importante de nuestra literatura.